

La lectura de Hebreos sigue insistiendo hoy en una misma idea: Jesús, el Hijo de Dios, sabe lo que es vivir esta vida. No hizo un simulacro. No se le ahorraron sufrimientos ni dificultades por ser quien era. No. ¡Qué bien entendemos a las personas que sufren cuando están pasando por algo que nosotros ya hemos superado!. Nadie consuela ni anima mejor a un enfermo de tal enfermedad, que los que la sufren o la han sufrido. Nadie acompaña mejor a un caminante que el que conoce ya las cuestas, los recovecos, los atajos y los lugares de sombra reconfortante, porque lo ha recorrido antes. Así es Jesús. Y porque fue capaz de vivir nuestra vida y morir nuestra muerte, decimos que nos salvó.

Es... como en algunos juegos por equipos en que, al final, si uno de los participantes consigue hacer el recorrido completo y satisfactoriamente, no solo gana todo el equipo sino que cada uno de los componentes se reincorpora ganador. Por eso, si jugamos nuestra vida con esta convicción, creo que podemos vivirla con más gozo y mayor confianza. Por mal que nos vayan las cosas, por mucho que metamos la pata, por poco que aprovechemos las múltiples oportunidades que la vida nos da... hay Uno de nuestro equipo capaz de rescatarnos y hacernos partícipes de su victoria. Es más que solidaridad... Es encarnación. Es lo que hemos celebrado en las últimas semanas.

La Iglesia recuerda hoy a San Gregorio de Nisa, llamado "el Padre de los Padres" en el Concilio de Constantinopla. Siendo un brillante orador e intelectual, destaca sober todo por su profunda experiencia de Dios. Para él toda nuestra vida puede leerse en clave de seguimiento de Cristo. Todo se puede reducir a eso:

Aprendamos a tener un solo fin durante la vida: ser llamados servidores de Dios por nuestras acciones... Entiendo por fin aquello por cuya causa se hace todo, como el fin de la agricultura es el goce de los frutos, el fin de la construcción es habitarla... Es imposible alcanzar la perfección, pero que sea totalmente inalcanzable no justifica que pueda descuidarse. Se ha de poner todo ardor en no carecer de la perfección posible. Quizá la perfección humana consista en estar siempre dispuestos a conseguir un mayor bien... Quien ha alcanzado algún bien, ése ciertamente está en Cristo, el cual contiene todo bien... No tengamos como temible más que el ser rechazados de la amistad de Dios y no estimemos como amable para nosotros más que el llegar a ser amigos de Dios. Esto es, en mi opinión, la perfección de la vida.

Y por si acaso caemos en la tentación de pensar que esta garantía de jugar al lado de Jesús es solo para la otra vida, leamos con frecuencia el Evangelio. Jesús siempre sana. De una fiebre sencilla, como a la suegra de Pedro, o de demonios como el de ayer. El paso de Dios siempre sana. No evita el dolor ni el mal, sino que pasa por Él y lo sana. Y, no olvidemos que estamos en los inicios de la vida pública. Ahora todo el mundo busca a Jesús y se agolpa para escucharle y recobrar la salud y la paz. Dentro de algunos capítulos, la cosa será distinta. Al final de su vida, los que se agolpaban no es para buscarle sino para condenarle y abuchearle camino de la Cruz. Así somos...Ojalá Dios nos de fuerza para comprender por dentro que Él es la salud, Él es la paz, tanto cuando nos cura como cuando no; cuando nos va bien como cuando nos va mal. El es.

Vuestra hermana, Rosa Ruiz, rmi